
OBJETIVOS Y LEMA DEL CURSO

Colegio Diocesano Sagrado Corazón de Jesús

Curso 2021-22



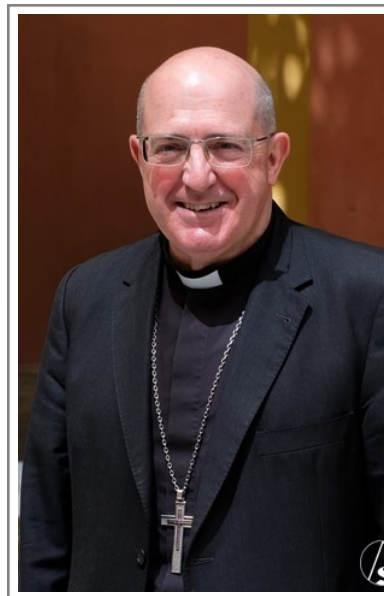
¿De dónde partimos?

Son numerosos los cambios que nos ha tocado afrontar, como comunidad educativa y como sociedad en los últimos tiempos. Entre ellos, la pandemia derivada de la presencia a nivel mundial del SRAS-CoV-2, ha transformado, en gran medida, nuestro mundo, confrontándonos con nuestra propia fragilidad, nuestros miedos, nuestras inseguridades; dejando a su paso el ineludible drama de la muerte de tantos hermanos y hermanas nuestros. No obstante, el virus ha representado una oportunidad para constatar la grandeza del ser humano cuando se deja conmovir por el sufrimiento de los demás, comprometiéndose hasta dar su vida. Por otro lado, está siendo un tiempo en el que la creatividad, que implica el ir más allá de lo que siempre se ha hecho, nos está permitiendo abrir nuevos caminos y posibilidades.

También a nivel diocesano estamos inmersos en un periodo de renovación. Una renovación que tiene su principal razón en la llegada, a mediados del verano pasado, de nuestro nuevo obispo, D. Santiago. Procedente de tierras hispalenses, donde servía a la Iglesia como obispo auxiliar, está llevando a cabo importantes reformas que afectan a aspectos tan significativos como son la organización territorial de la Diócesis o la configuración de la Curia Diocesana.

En lo que a nuestro Centro se refiere, uno de los cambios introducidos por nuestro Obispo ha afectado al relevo en el representante de la titularidad, quien, a su vez, ha renovado el equipo directivo.

Es así como nuestra comunidad educativa se encuentra ante una nueva etapa, con nuevos retos y líneas de acción.



No obstante, cuanto hemos dicho hasta ahora, no puede ni debe hacernos perder de vista que nuestro Colegio cuenta con unas bases sólidas, siendo la principal de todas ellas, la fe en nuestro Señor Jesucristo. Una fe que ha sido transmitida y hecha carne, de manera especial, a través de nuestros fundadores **San Manuel González** y **Manuel Siurot**. Éstos nos dejaron en herencia un legado que el esfuerzo de numerosas generaciones de profesores, trabajadores, alumnos y familias ha permitido que siga dando fruto más de un siglo después.

Concretamente, en los últimos años, se han emprendido importantes acciones educativas como ha sido la implantación del bilingüismo en nuestro Centro, el proyecto Erasmus+, la gestión de la calidad, optando en el último curso por el denominado modelo EFQM de excelencia, el

“Una fe que ha sido transmitida y hecha carne, de manera especial, a través de nuestros fundadores San Manuel González y Manuel Siurot”.

servicio prestado por el departamento de orientación, especialmente, entre los más pequeños, la renovación digital, el trabajo de coordinación con las instituciones que trabajan por la promoción de nuestro entorno y sus familias, de manera particular, con aquellas que están implicadas en el denominado Distrito V. Por ello, no podemos más que elevar nuestra más sincera gratitud a los Equipos Directivos que nos han precedido y a todo el profesorado que lo ha acompañado.

Por lo demás, también estamos teniendo que afrontar, de manera palpable, en los últimos años un dato inexorable: el descenso de la natalidad. Esta realidad ha hecho peligrar, seriamente, en el pasado curso, una de las líneas que tenemos concertadas. Todo ello, nos obliga a que tanto la captación de nuevo alumnado en la etapa de Infantil como la transformación de nuestro Centro para tratar de dar respuesta a las nuevas demandas que presenta nuestra sociedad, ocupen un lugar central en nuestros afanes.

También, cabe destacar que estamos inmersos en un proceso de transformación en la reagrupación de los centros educativos de nuestra Diócesis. Concretamente, en los próximos meses vamos a iniciar el itinerario jurídico que nos permita pasar de la actual asociación ADICE a la futura fundación.

Finalmente, dado que todo nuevo equipo directivo tiene sus acentos, el actual también quiere poner su granito de arena. Es así como, desde la conciencia de ser un eslabón más de la cadena y de estar al servicio de esta comunidad educativa, quiere reforzar tanto la **dimensión pastoral** como el trabajo realizado por el **departamento de orientación**. La dimensión pastoral nos recuerda cuál es nuestra identidad y nos ayuda a descubrir el porqué de nuestra labor educativa, que no es otro, que el anuncio de la Buena Noticia de Jesús y la construcción de su reino entre nosotros. Por su parte, el trabajo que lleva a cabo el departamento de orientación hace presente que los últimos son los primeros, y que de nada sirve tener muchos conocimientos si estos no ayudan a nuestros alumnos a crecer y madurar como personas.

Confíando en el auxilio de Dios, que nos ha elegido para trabajar en su viña, y en la intercesión de la Virgen María, comenzamos un nuevo curso con la ilusión y la alegría que nos da el sabernos cooperadores de Dios en una obra tan hermosa y tan grande como es la educación de nuestros alumnos.

Objetivo general trianual

Adquirir un conocimiento y una experiencia de Dios que se concrete en un estilo de vida y de educar desde los valores propuestos por Jesús, con el compromiso de transformar juntos la realidad que nos rodea.

Basándonos en:

1. la **relación con Cristo**, modelo de promoción humana y de crecimiento en libertad y responsabilidad;
2. una educación que tiene como meta el **compromiso personal a favor de la justicia y de los derechos de los más vulnerables** de nuestro entorno;
3. la importancia del **diálogo entre la fe y la cultura**;
4. la **atención individualizada**, valorando, ante todo, y, sobre todo, a la persona;
5. el **trabajo en común y la comunicación estrecha** entre todos y cada uno de los miembros de la comunidad educativa;
6. la necesaria **actualización y formación permanente**.

Objetivo del Curso 2021-22

Profundizar en los valores cristianos que fundamentan nuestra identidad como Colegio Diocesano, siendo signo de la Buena Noticia de Jesús y creciendo en nuestro compromiso de fe.

Justificación

Como se puede leer en el título del objetivo general, éste tendrá una duración de tres años. De tal manera que, en cada uno de los cursos, teniendo en cuenta el marco que dibuja el objetivo general, focalizaremos nuestra atención en un aspecto clave que nos ayude a concretarlo. De manera particular, en este año queremos acentuar la importancia de nuestra **identidad** como Colegio Diocesano. Una identidad que hunde sus raíces en la misma Persona de Jesús. Éste no sólo nos ha revelado el misterio del Dios Trinitario, sino que, además, nos ha mostrado el camino de la humanidad plena¹.

Pues bien, dicha experiencia de fe trinitaria, en nuestro caso concreto, ha sido encarnada y traducida por nuestros fundadores: **San Manuel González** y **Manuel Siurot**. Ambos se dejaron interpelar por la Huelva de principios del siglo pasado, buscando caminos de promoción humana, desde una profunda experiencia de Dios. Una experiencia que, en el caso de San Manuel González, brotaba de manera natural en el cara a cara con Jesús en el sagrario. Un sagrario que, conteniendo a Jesús eucaristía, sentía como espacio privilegiado de encuentro con el amor de Dios. Por su parte, Manuel Siurot, que siguió los postulados educativos no sólo de san Manuel González, su estrecho colaborador, sino de otros sacerdotes como el beato Marcelo Spínola y Maestre, Fernández Santana, González García, Vicent y Manjón; y de los maestros Maraver, Daza, Morón, Mora Batanero, Oliveira, Cádiz, Gálvez y Merello; de Menéndez Pelayo y Costa, renunciará a los loores de este mundo, para dedicar su vida a la educación de los niños más pobres. Es así como recogerá en uno de sus escritos: «Cuando el tren de mi existencia marchaba por la cuesta arriba de la elevación social, el genio de mi destino levantó los raíles de la vía y allá me fui por el terraplén abajo, para encontrar en el fondo del valle no el grito de la catástrofe, sino el fragor humano de la lucha por los niños pobres y abandonados, en cuyos ojos preguntones, bocas hambrientas, pies descalzos, en cuyas lágrimas y risas he acabado de aprender la trabazón sentimental del alma de mi pueblo».

Finalmente, todo cuanto hemos recogido hasta aquí, cristaliza en el **Ideario** de nuestro Colegio. Éste, a modo de faro, trata de iluminar toda nuestra labor como comunidad educativa. De tal manera que, cuando educamos, lo hacemos poniendo en el centro a la persona de Jesús. Educamos, a partir de una experiencia de fe que ha transformado nuestra existencia y que

¹ Una de las amenazas más serias que como sociedad estamos llamados a combatir es la carencia de procesos identitarios. Como nos recuerda el sociólogo, filósofo y ensayista polaco-británico de origen judío, Zygmunt Bauman, nuestra sociedad se define por su carácter líquido. Su condición maleable, impide la asunción de un suelo suficientemente firme sobre el que cimentar nuestra existencia.

queremos ofrecer a nuestros educandos como modelo de promoción humana; educamos sabiéndonos educados por Jesús en el seno de su Iglesia; educamos sabiéndonos herederos de un legado que hemos de transmitir a las próximas generaciones; educamos a partir de una visión del ser humano que nace de la revelación, de una antropología cristiana que, a su vez, tiene como expresión y consecuencia un determinado desarrollo moral.

Lema del Curso



“Juntos, trabajando con un solo Corazón”

Solidaridad, Fraternidad y Santidad

Justificación

En lo que se refiere a la elección del lema, hemos querido plasmar en éste el contenido del objetivo para el presente año. El lema está compuesto por dos partes. La primera parte, “**Juntos, trabajando con un solo Corazón**”, quiere resaltar, la presencia viva de Jesucristo entre nosotros. Es su Corazón el que nos ama y nos une en este hermoso proyecto educativo. Además, el hecho de que la palabra Corazón esté en mayúsculas no sólo indica que nos estamos refiriendo al Corazón de Cristo, sino que, además, hace referencia a nuestro Centro: Colegio Diocesano Sagrado Corazón de Jesús.

Por encima de las “razas y el color de nuestra piel”, de nuestras diferencias, de nuestra disparidad de criterios en algunos asuntos, existe una realidad profunda que es la única que puede dar coherencia a todo cuanto hacemos: El Corazón de Cristo. En Cristo todos los hombres y mujeres hemos sido amados con aquel amor que es fundamento y fin de todo cuanto existe y, también, de nuestra propia existencia. En Él, Dios ha hecho de todos los hombres una sola familia, la familia de los hijos de Dios (cf. Gal 3,28), compartiendo con todos nosotros su condición divina (cf. Jn 1,13).

En la segunda parte del lema, se recogen tres valores a través de los cuales vamos a tratar de concretar aún más nuestras pautas de acción: la **solidaridad**, la **fraternidad** y la **santidad**. Es decir, dichos valores serán los que nos ayuden a plasmar cuanto hemos visto hasta ahora en nuestras respectivas programaciones didácticas.

Al respecto cabe señalar que, en consonancia con la identidad de nuestro Centro, dichos valores han de ser abordados desde una aproximación netamente cristiana. Así, por ejemplo, si bien la **solidaridad** es un valor compartido por la inmensa mayoría de nuestros contemporáneos, no lo es menos que, para los cristianos dicha solidaridad tiene su origen y su plenitud en Dios, en el amor manifestado por nuestro Señor Jesucristo. Un amor que los primeros cristianos, describieron empleando el término griego “agapé”, que describe un tipo de

amor incondicional y reflexivo, en el que el amante tiene en cuenta sólo el bien del ser amado. Así pues, dicho concepto, que en el siglo primero de nuestra era estaba prácticamente en desuso, fue rescatado por la literatura neotestamentaria para expresar el amor de Dios; un amor completamente generoso y gratuito, que, ante todo, y, sobre todo, busca el bien de la persona amada.

También la **fraternidad** es un término que ha sido utilizado por numerosas corrientes de pensamiento, siendo, por ejemplo, uno de los ideales revolucionarios de la Francia de finales del siglo XVIII. También, desde una óptica de la revelación, la fraternidad no sólo hace referencia al “*storge*” griego, es decir, al sentido de pertenencia, o a la filantropía de tantos hombres y mujeres de buena voluntad, sino que nace de la íntima unión de cada uno de los hombres en Cristo, nuestro Señor. Todos los seres humanos somos hermanos porque tenemos un mismo Padre, el que está en el cielo.

Finalmente, la **santidad** no ha de ser entendida, tan sólo, como el esfuerzo por tratar cada día de ser mejores cristianos. Según el dato revelado sólo Dios es santo. La sagrada Escritura afirma reiteradas veces que la santidad, esa condición espiritual, majestuosa y eterna, es exclusiva de Dios, tiene los rasgos ontológicos propios de la naturaleza divina. Dios es santo, sólo él es santo (Lev 11,44; 19,2; 20,26; 21,8; Is 6,3; 40,25; Sal 98). Es evidente, pues, que la santidad es sobrenatural, y, por tanto, sobrehumana. Excede no sólo la posibilidad humana de obrar, sino la misma posibilidad de su ser. Todas las criaturas, y el hombre entre ellas, aparecen en la Biblia como lo no-santo (Job 4,17; 15,14; 25,4-6). Ahora bien, Dios Santo puede santificar al hombre, que es su imagen, haciéndole participar por gracia de la vida divina. Y así lo confesamos en la misa: «Santo eres, Señor, fuente de toda santidad» (Plegaria Eucarística II); tú, «con la fuerza del Espíritu Santo, das vida y santificas todo» (III). Pero veamos cómo santifica Dios.

Jesús es el santo entre los hombres (Lc 1,35; 4,1). Él es el «santo siervo de Dios» (Hch 3,14s; 4,27. 30). Los hombres ante Jesús –como Isaías ante el Santo– conocen su condición de pecadores (Is 6,3-6; Lc 5,8). Y Cristo es el que santifica a los hombres, por su pasión y resurrección, por su ascensión y por la comunicación del Espíritu Santo (Jn 17,19).

Ahora los cristianos somos santos porque tenemos «la unción del Santo» (1 Jn 2,20; Lc 3,16; Hch 1,5; 1 Cor 1,2; 6,19). Al comienzo se llamaba “santos” a los cristianos de Jerusalén (Hch 9,13; 1 Cor 16,1), pero pronto fue el nombre de todos los fieles (Rm 16,2; 1 Cor 1,1; 13,12). Se trata, ante todo, está claro, de una santificación ontológica, la que afecta al ser; pero es ésta justamente la que hace posible y exige una santificación moral, la que afecta al obrar: «Sed santos, porque yo soy santo» (Lev 19,3; 1 Pe 1,16; 1 Jn 3,3). El nuevo ser pide un nuevo obrar (*operari sequitur esse*). «Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación» (1 Tes 4,3; 2 Cor 7,1; Ap 22,11).

Todo cuanto hemos dicho hasta aquí, puede quedar un poco oscuro, ya que el lenguaje empleado, de carácter teológico, no siempre es accesible para muchos de nosotros. Por ello, vamos a tratar de resumirlo de un modo más sencillo. Y, para esto, vamos a invertir el orden de los valores, tal y como han sido presentados, comenzando por la santidad.

Santidad

Piensa por un momento, en ese Dios que te habita; en el Dios está en cada uno de nosotros. Él, es el tres veces santo, el Dios eterno e infinito, el creador de todo cuanto existe. Dios habita y mora en ti. Y lo hace, porque ha derramado sobre ti el don de su Espíritu, el don del Espíritu Santo.

Fraternidad

Además, dicha presencia de Dios en ti, se manifiesta, ante todo, y, sobre todo, como un don de amor. Como nos recuerda el apóstol san Pablo en la carta a los Romanos: «Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos fue dado» (Rm 5,5b). Un amor que nos hace comprender que Dios es nuestro Padre; Padre de todos y cada uno de los seres humanos (cf. 1 Jn 3,1). De tal manera que, es su amor infinito, derramado sobre cada uno de nosotros, el don de su presencia en nosotros, el don del Espíritu Santo, el que nos hace ser hijos de Dios y hermanos los unos de los otros.

Solidaridad

Finalmente, ese amor, totalmente generoso y entregado, que nos recuerda que Dios nos ama incluso cuando no somos fieles (cf. Rm 5,8-11), es el que estamos llamados a hacer presente en medio de nuestros hermanos. Nos lo dice el apóstol san Juan: «En esto hemos conocido la caridad, en que él dio su vida por nosotros; también nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos» (1 Jn 3,16). Y es que «en esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados. Queridos hermanos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros» (1 Jn 4,10-11).

Objetivos educativos

Equipo docente

- Fomentar el conocimiento de la Buena Noticia de Jesús, que permita llegar a dar razón de nuestra fe, ayudando al diálogo fe-cultura.
- Crear un clima de cordialidad y acogida que haga crecer la fraternidad entre los miembros de la comunidad educativa desde la corrección fraterna y el cuidado de los pequeños detalles, siendo expresión de la comunión de la iglesia.
- Fomentar el compromiso con nuestro entorno, favoreciendo la promoción integral de nuestros alumnos y familias, como signo y expresión de nuestro ideario.

Alumnos y alumnas

- Profundizar en el conocimiento de la persona de Jesús y de su mensaje, descubriendo en él un camino de promoción personal y de libertad.

Criterio de evaluación:

Muestra interés en el conocimiento de la persona de Jesús y de su mensaje, sobre todo, en los niveles más elementales, fomentando el diálogo fe-cultura entre el alumnado de mayor edad.

- Reforzar los vínculos entre los compañeros y con toda la comunidad educativa, signo de la comunión en la Iglesia, sobre todo, a través de la vivencia del sacramento de la eucaristía y de la reconciliación, y de otras actividades como las convivencias.

Criterio de evaluación:

Potencia un clima de colaboración y respeto facilitando la convivencia dentro y fuera del aula, (como signo de la comunidad en la Iglesia, que tiene su fuente y culmen en la celebración eucarística).

- Desarrollar tareas y potenciar acciones que impliquen gestos solidarios trabajando por la justicia y de forma especial por el desarrollo integral de los más desfavorecidos.

Criterio de evaluación:

Desarrolla acciones o tareas que favorezcan la solidaridad y la justicia.

Familias

- Implicar a las familias en los procesos de crecimiento y maduración en la fe de sus hijos participando en los grupos de fe del colegio y demás actividades pastorales.
- Ofrecer itinerarios de crecimiento y maduración en la fe a los padres de nuestros alumnos.
- Reforzar los vínculos entre las familias, el profesorado y el alumnado, como cauce para una mejor atención socio-educativa.